

Conver-  
sion de Xi-  
cotencál el  
viejo.

El ruido que hicieron en la ciudad estas conversiones despertó al anciano Xicotencál, que andaba mal hallado con las disonancias de la gentilidad, y se dexaba estar en el error envejecido con una disposicion negligente, que se divertía con facilidad, ó con falta de resolucion: vicio casi natural en la vejez. Pero el exemplar de Magiscatzín, hombre de igual autoridad á la suya, y el verle reducido á la Religion Católica en el artículo de la muerte, le hizo tanta fuerza, que dió los oidos á la enseñanza, y poco despues el corazon al desengaño, recibiendo el bautismo con pública detestacion de sus errores. No parece, á la verdad, que pudieron llegar á mejor estado los principios del Evangelio en aquella tierra, convertidos los magnátes y los sabios de la república, por cuyo dictamen se gobernaban los demás. Pero no dieron lugar á este cuidado las ocurrencias de aquel tiempo: Hernan Cortés embebido en las disposiciones de aquella conquista: Fray Bartolomé de Olmedo con falta de obreros que le ayudasen; y uno y otro en inteligencia de que no se podia tratar con fundamento de la Religion, hasta que, impuesto el yugo á los Mexicanos, se consiguiere la paz, que miraban como disposicion necesaria para traer aquellos ánimos belicosos de los Tlascaltécas al sosiego de que necesita la enseñanza, y nueva introduccion de la doctrina Evangélica. Dexóse para despues lo mas

Buena sa-  
zon para in-  
troducir en  
Tlascála el  
Evangelio:

pero no se  
logró por  
los cuida-  
dos presen-  
tes,

esencial: enfriaronse los exemplares, y duró la idolatría. Pudose lograr en los dias que se detuvo el ejército el primer fruto, por lo menos, de aquella oportunidad favorable; pero no sabemos que se intentáse, ó consiguiere otra conversion. Tiempo erizado, bullicios de armas, y rumores de guerra, enseñados á llevarse tras sí las demás atenciones, y algunas veces á que se oygan mejor las máximas de la violencia con el silencio de la razon.

y porque  
los rumo-  
res de la  
guerra em-  
barazan la  
atencion.

## CAPITULO VI.

*LLEGAN AL EJÉRCITO NUEVOS socorros de soldados Españoles. Retiranse á Cuba los de Narbáez, que instaron por su licencia. Forma Hernan Cortés segunda relacion de su jornada, y despacha nuevos Comisarios al Emperador.*

Quejábase con alguna destemplanza Hernan Cortés de Francisco de Garay, porque no ignorando su entrada y progresos en aquella tierra, porfiaba en el intento de introducir conquista y poblacion por la parte de Panúco; pero tenia tan rara fortuna sobre sus émulos, que así como le iba socorriendo Diego Velazquez con los medios que juntaba para destruirle, y mantener á Pámphilo de Narbáez,

Fortuna  
de Cortés  
contra sus  
émulos.

Socorrenle  
los baxeles  
de Garay.

le sirvió Garay con todas las prevenciones que hacia para usurparle su jurisdiccion. Volvieron, como diximos en su lugar, rechazadas sus embarcaciones de aquella provincia, quando estaba nuestro ejército en Zempoala: y durando en la resolucion de sujetarla, previno armada: juntó mayor número de gente, y envió sus mejores Capitanes á la empresa. Pero esta segunda invasion tuvo el mismo suceso que la primera: porque apenas saltaron en tierra los Españoles, quando hallaron tan valerosa resistencia en los Indios naturales, que volvieron rotos y desordenados á buscar sus naves como pudieron: y atendiendo solo á desviarse del peligro, se hicieron á la mar por diferentes rumbos. Anduvieron perdidos algunos dias; y sin saber unos de otros, fueron llegando con poca intermision de tiempo á la costa de la Vera Cruz, donde se ajustaron á tomar servicio en el ejército de Cortés, sin otra persuasion que la de su fama.

Tuiose por cuidado y disposición del cielo este socorro: y aunque es verdad que pudo esparcir aquellas naves la turbacion de los soldados, ó la impericia de los marineros, y arrojarlas el viento á la parte donde mas eran menester; el haber llegado tan á propósito de la necesidad, y por tantos accidentes y rodeos, fue un suceso digno de reflexion particular; porque no suele caber, ó cabe pocas veces tanta re-

peticion de oportunidades en los términos imaginarios de la casualidad.

Llegó primero un navio que gobernaba el Capitan Camargo con sesenta soldados Españoles: poco despues otro con mas de cincuenta de mejor calidad, y siete caballos á cargo del Capitan Miguel Diaz de Auz, Caballero Aragonés, y tan señalado en aquellas conquistas, que fue su persona socorro particular: y ultimamente la nave del Capitan Ramirez, que tardó algo mas, y llegó con mas de quarenta soldados y diez caballos con abundante provision de víveres y pertrechos. Desembarcaron unos y otros, y sin detenerse los primeros á recoger el resto de su armada, marcharon la vuelta de Tlascála: dexando exemplo á los demás para que siguiesen el mismo viage, como lo executaron todos voluntariamente: porque hacian ya tanto ruido en las Islas cercanas los progresos de la Nueva España, que tenian ganada la inclinacion de los soldados, faciles siempre de llevar adonde llama la prosperidad ó la conveniencia.

Creció considerablemente con este socorro el número de Españoles: llenaronse los ánimos de nuevas esperanzas: reduxeronse á gritos de alegría los cumplimientos de los soldados: abrazabanse como amigos los que solo se conocian como Españoles: y el mismo Hernan Cortés, no cabiendo en los límites de su autoridad, se dexó llevar á los excesos del con-

Navio  
de Camar-  
go con se-  
senta Espa-  
ñoles.  
Otro de Mi-  
guel Diaz  
de Auz con  
cincuenta.

Otro del  
Capitan Ra-  
mirez con  
quarenta.

Tomaron  
todos ser-  
vicio en el  
ejército.

Creció el  
número de  
los España-  
les.